



MORLAIX.

El nombre de Morlaix ha dado origen á muchos comentarios. Se ha pretendido que procede de las armas de dicha ciudad, que representan un león y un leopardo con dos cabezas, que dirige al primero esta inscripción: *Si te muerde, muerde*—las (muerde las dos cabezas.) Otros etimologistas mas formales dicen que aquel nombre es celta, y que se le dió por su proximidad al mar.

Morlaix se encuentra entre dos montes que resguardan el puerto, y su importancia principal se funda en el comercio que hace y en la fertilidad del suelo que la rodea. Su nombre sin embargo aparece muchas veces en los anales de la Bretaña.

En 498, Hoel casó á su hija Alienor de Bretaña con el vizconde de Leon, y le dió en dote la ciudad y el castillo de Morlaix, que poseyeron sus descendientes hasta 1177.

Los príncipes de Leon y los duques de Bretaña se disputaron mucho tiempo su propiedad, y los últimos llamaron en su auxilio á los ingleses, que fueron rechazados por Duqueselin.

En 1374 volvieron de nuevo: se apoderaron de Morlaix, ahorcaron á 50 gefes, y dejaron una guarnición de 800 hombres. Los ciudadanos introdujeron á los franceses, y estos degollaron á los ingleses.

En 1322 abrió de nuevo la traición las puertas de Morlaix á los ingleses, quienes lo saquearon completamente: la retaguardia fué alcanzada por el señor de Laval, y degolló á todos sus soldados, enrojando su sangre las aguas de la que todavía se llama *Fuente de los Ingleses*.

Durante la liga ocupó á Morlaix el mariscal de Aumonts; «pero se sostuvo el castillo, segun Bernard, 24 dias, defendido por el capitán Rosempoul. Sabiendo el mariscal que la guarnición se hallaba reducida al último extremo, envió á la esposa de Rosempoul, próxima á su alumbramiento, tres ó cuatro corderos y algunas gallinas y perdices. La dama dió las gracias al sitiador, pero le devolvió su presente diciendo que los únicos manjares que apetecía eran los que disfrutaban la guarnición y su esposo.»

Maria Estuardo, reina de Escocia, llegó en 1548 á Morlaix de paso para Paris. El caballero de Rohan la recibió al frente de la noble

za, y la princesa despues del *Te Deum* cantado en la iglesia de Nuestra Señora, se disponia á atravesar el puente levadizo, llamado de la Cárcel, cuando este se rompió bajo el peso de la fuerte escolta de la caballería. Los escoceses gritaron:

—¡Traición!...

Pero el señor Rohan que iba al estribo de la litera de la reina, contestó al punto:

—Nunca un Breton hizo traición.

Y se apaciguó el tumulto.

El lunes 18 de noviembre de 1624 fué recibido en Morlaix solemnemente el duque de Vendome. Carlos IX estableció su cuerpo municipal en 1561: sus miembros pertenecian al alto comercio, y el *Maire* tenia asiento en los Estados de Bretaña, con la espada ceñida como los de Nantes, Brest y Saint-Malo.

En Morlaix se contaban una senescalía, un consulado y un almirantazgo.

El puerto de Morlaix es muy importante. Un vapor que hace el servicio regular entre esta ciudad y el Havre, contribuye mucho á su prosperidad; pero la sequía del canal es un inconveniente grave para el comercio. Varios proyectos se han presentado para remediar este mal; pero creemos que sus resultados serán nulos. La entrada del puerto era sumamente peligrosa antes de los trabajos ejecutados por Corme en 1776. Este ilustre marino manifestó al ministro de Marina que desde 1744 hasta 1775 se habian perdido 25 buques.

Morlaix tiene una fábrica de tabacos, que ocupa á 500 operarios. Vista desde el muelle ofrece esta ciudad un aspecto muy agradable; pues está rodeada de parques y de jardines hermosísimos: los del lado de *Fraginer* forman una gran esplanada llamada *Las Lanzas*. Era ademas notable la *calle del Empedrado*, cuyo diseño ofrecemos; pero se ha demolido en parte, y tambien merecen atención algunas casas bellísimas de la calle de los Nobles.

La antigua casa de Ayuntamiento construida en tiempo de Enrique IV no existe; en su lugar se ha levantado otra de magníficas y regulares proporciones.

Ayuntamiento de Madrid

2 DE NOVIEMBRE DE 1831.

LA HERMANDAD DE SANTIAGO.

1418.

Los habitantes de la antigua Compostela esperaban con impaciencia el Consistorio que debía ser celebrado por los alcaldes, regidores-jurados y hombres-buenos, *no sobrado da notaria de Ruy Martinez*. En el día 12 de febrero de 1418 un numeroso gentío había ocupado las plazas y los mercados para reconocer el arancel de bastimentos que leía en alta voz Domingo Longo, pregonero del concejo, con *añofil tanarido segun que han de uso e de costume* y acompañado del notario público del ayuntamiento. Esto equivalía en el siglo XV á la publicación de un bando; en nuestros días el tambor sucedió al añafil, y á la palabra del pregonero el impulso de las plazas públicas. Antes duraba la letra de un bando algunos minutos; ahora dura un día: es un cartel pegado en la esquina de una casa—una aproximación á la publicidad del *Boletín oficial*.

En 1418 tenía el pueblo una excelente memoria para sus fueros y privilegios, y se reunía por tradición en las plazas y atrios de las iglesias para representar sus derechos por medio de los gremios y las cofradías. Sabía que siempre se hablaba de él, aunque fuese á media voz, en las cédulas reales y en las ordenanzas de los Concejos. Así, pues, estaba atento al rumor mas imperceptible de una reforma, y cerraba sus tiendas y desalojaba sus humildes moradas al primer toque de añafil, que era la voz de prevención con la cual la Municipalidad advertía á la población que se trataba de sus intereses.

El Concejo de Santiago acababa de fijar los precios de los bastimentos y los salarios de los artesanos. Los alcaldes y regidores-jurados de acuerdo con el prelado D. Lope de Mendoza y Vasco, Marqués Cardenal de Santiago, y Juan de Vila, canónigo, ambos Justicias eclesiásticas del arzobispado, habían formado este arancel porque «a dita cidade—son palabras testuales del consistorio—se mantia de acarreo e cada día acurrian e viñan á ela moitas personas de diversas partes..... e porque as taes personas tuvesen igual mercado de todas las cosas que a ela se viesen a vender e vendesen para proveemento e mantenezza de todas.»

En la mañana del 6 de julio de 1418 tenía lugar una junta de cofrades en el atrio de la antigua iglesia de S. Felix de Solobio, ó el consistorio público para el nombramiento de los seis *homes-boos* que debían asistir con los alcaldes y regidores-jurados al concejo durante un año. El reloj de la ciudad—aquella máquina sorprendente para los compostelanos, que cuidaba y componía Juan de Boado por cincuenta maravédeses durante doce meses—el reloj del concejo señalaba las diez de la mañana, y la plaza pública de la *Quintana dos Pacos* se veía ocupada por una numerosa multitud. La alhóndiga de la plaza del Campo y las carnicerías viejas de detrás de S. Payo estaban cerradas. La calle de la Moeda Vella recibía el gentío que había llegado tarde. Parecía que la población se vaciaba del centro de su comercio y su industria enfrente de las casas solariegas, cuando algun filósofo observador podría adivinar que en este día se alejarían á mayor distancia las dos condiciones sociales de la época. La impaciencia de los compostelanos revelaba la importancia del consistorio. Los alcaldes y Justicias, regidores-jurados y hombres-buenos de la ciudad se encaminaban hácia la notaria pública del concejo señalando un sendero casi imperceptible en medio de la multitud. A Martín Galos y Juan Ares da Cana, alcaldes de Santiago, seguían Bernal Yañez do Campo, Alfonso Fernandez Abrii, Alvaro Alfonso Juliate y Fernando Eanes, escudador del notario Ruy Martinez.

Los habitantes de Santiago no esperaban un nombramiento de fieles para el reposo, como en 15 de marzo de 1417, ó el remate público del Royo del Monte-Houriz, como en 15 de mayo del mismo año: no se trataba de un arancel ó de una ejecución del verdugo. Esperaban una institución civil: presentaban una indemnización política para el porvenir. Se trataba de organizar la *hermandad de Santiago*.

En 1418 este armamento popular se dirigía únicamente contra los malhechores: mas tarde se apercibieron las municipalidades de que también se combatía á los enemigos de la unidad monárquica. El Estado presentaba á los Reyes Católicos, y el trono caminaba con paso lento y reposado hácia la centralización absorbente del emperador Carlos V. El pueblo se encontraba colocado entre dos abismos; detrás tenía á los señorios, delante la monarquía absoluta. Se decidió por el trono, porque aventuraba en la defensa de la unidad gubernativa su vida civil en lo presente, y su vida política en lo futuro.

Cada concejo nombraba sus funcionarios con arreglo al fuero municipal que en Santiago concedía el arbitraje de los hombres-buenos á la mitra compostelana, imponía las contribuciones necesarias para el sostenimiento de los monarcas, y organizaba las fuerzas militares del Estado. El procurador general del concejo era el legítimo represen-

tante del pueblo, y sostenía las prerogativas de sus fueros y privilegios. En el consistorio del 22 de julio de 1418 se levantó Alvaro Gil, personero de Santiago, para protestar y requerir á los alcaldes, regidores y hombres-buenos del concejo en los términos siguientes: «Notario, daredes testimonio á min Alvaro Gil, Procurador do Concello desta cidade de Santiago desta protestazon e requerimento que fazo á as xustizas e homes-boos xurados e rexidores do dito Concello; en que digo que á min é dito que as ditas Justicias e homes-boos xurados en dano da procomunal dos veciños da dita cidade e moradores dela, se entremeten e queren entremeter de dar oficios que dexan exentos de tributos a algunhas personas.»

En cambio la monarquía después de haberse utilizado de las órdenes militares para la reconquista, depositaba la rehabilitación de sus fuerzas políticas en las hermandades y comunidades: del poder aristocrático pasaba al poder municipal. La carta de hermandad de los concejos de Castilla hecha en 5 de mayo de 1295 establecía las consecuencias ulteriores de su institución. «Otrosí—decía en uno de sus párrafos—que guardemos todos nuestros buenos fueros e buenos usos e buenas costumbres e privilegios e cartas et todas nuestras libertades e franquezas, siempre en tal manera que si el Rey D. Fernando nuestro señor o los otros reyes que vernan después de o otros cualesquier sennores o alcalde o merino o otros cualesquier omes non quiesesen pasar contra ello en todo ó en parte dello en cualquier guisa e en cualquier tiempo, que nos que *seamos todos unos á enviarno mostrar á nuestro señor el Rey ó á los reyes que vernan después del*, aquello que fuere á nuestro agravamiento e si ellos lo quiesiesen enderezar, e si non que seamos todos unos á gelo defender e ampararlo.» Y mas adelante añadía: «Otrosí, ponemos que si algun rico-ome ó infanzon ó caballero ó otro ome cualquier tomare ó peyndare alguna cosa á alguno desta nuestra hermandat, que aquel que fuere peyndrado ó tomado lo suyo, que lo muestre á su concejo ó al concejo del ogar ó del termino del fuere peyndrado, ó tomado lo suyo: e el concejo quel envien algun ome bono de so concejo que ge lo afluerten, el prometan fiadores del cumplir fuero e derecho por aquel, á quien peyndró, ó tomó lo suyo..... Otrosí, si ric ome ó infanzon ó caballero ó otro ome cualquier que non sea en esta nuestra hermandat matare ó deshonrre á alguno de nuestra hermandat, non le seyendo dado por enemigo por fuero et por juicio como alli lo debe, que todos los de la hermandat, que vayamos sobre el sil fallaremos quel matemos é si haber non le pudieremos quel derribemos las casas, el cortemos las devesas e las huertas, el asraguemos cuanto en el mundo le falláremos, después sil pudieremos haber aquel matemos por ello.»

Las hermandades improvisaron una milicia popular que esperaba el santo y seña en las salas de los consistorios. Habían pasado los tiempos en los cuales el pueblo recibía las picas y las alabardas en las plazas de armas de las torres solariegas. La nobleza tarde se apercibió de esta relajación política, de los señorios. Las inmunidades se abolían por un principio elevado de pública seguridad.

El pueblo podía entrar á saco en un castillo donde se ocultase un malhechor: ya no había privilegios en contra de la seguridad individual. El poder de las localidades había sobrepujado al poder de los señorios. La monarquía contemplaba en silencio una de esas transformaciones sociales que la Providencia elabora por medio de elevadas y misteriosas combinaciones.

Las hermandades de Castilla, Aragón, Asturias y Galicia eran el ejército permanente de las ciudades. La unidad monárquica había contado con el elemento popular. Los fueros de las ciudades debían de ser absorbidos por la monarquía, sin que se apercibiesen los pueblos de esta liquidación que hacía el trono de los privilegios de las localidades.

La magnánima reina que había recibido del apesadado Boabdil las llaves de Granada, organizó las hermandades del reino bajo las ordenanzas de la *Santa hermandad* aprobadas en Madrigal en 1476. La seguridad individual se colocaba bajo la protección del pueblo, el pueblo bajo el amparo de la monarquía. Cada ciudad tenía su representante en la junta suprema presidida por D. Lope de Rivas, obispo de Carliagena. «El presidente y los diputados generales—según las Memorias de la Academia de la Historia—tenían en cada provincia un diputado particular que juzgaba en primera instancia y cuidaba de exigir las contribuciones destinadas para la hermandad..... Los casos de esta sujetos al conocimiento de sus alcaldes eran cinco: toda violencia ó herida hecha en el campo; los mismos delitos cometidos en poblado, cuando el malhechor huya al campo ó á otro pueblo; quebrantamiento de casa, fuerza de muger y resistencia á la justicia.»

El elemento aristocrático combatió á la milicia del pueblo, y la monarquía debilitó mas tarde su representación popular. Entonces el pensamiento político de las comunidades reemplazaba al pensamiento civil de las hermandades.—Los personeros de las ciudades caminaron de prisa hácia los salones de las sesiones parlamentarias. Los *votos en Cortes* fueron la última garantía de la buena administración ci-

vil y económica de las localidades agobiadas por la estension del imperio colosal de Carlos V. La monarquía absoluta representaba la victoria de los arcabuces imperiales, y entre el estruendo de los ejércitos mal se distinguían los derechos políticos. La historia nos hace ver que la planta augusta de los grandes dominadores de Estados gravita demasiado sobre los pueblos.

En el siglo XVI el elemento aristocrático y el elemento popular—los procuradores á Cortes y los regidores-jurados—sentían sobre su cabeza la acerada manopla del imperio. En esta época los nobles y los pueblos aplazaron para los campos de Villalar una cita sangrienta con la monarquía en nombre de la nacionalidad española.

Hé aquí la herencia política de las *hermandades*: lo que ayer pertenecía á la policía, hoy se refería á la política. Las ciudades se coaligaban para la defensa de sus privilegios. Ya no se trataba de los malhechores—la administración de justicia se había restablecido en las provincias por medio de los tribunales establecidos por los Reyes Católicos. Se exigía la representación personal de los procuradores de las ciudades en las Cortes de Toledo, Santiago y Coruña: se combatía á la monarquía absoluta.

Hemos aprendido históricamente para la mayor inteligencia de la presente monografía el establecimiento de las *hermandades*: presentaremos ahora á nuestros lectores el acta del Consistorio celebrado en 16 de julio de 1418 con el objeto de formar la *hermandad de Santiago* y nombrar sus cuadrilleros. Este documento histórico, en el cual se copia la Real cédula de D. Juan II dada en 1586 sobre la organización de las *hermandades*, revela la importancia civil de Santiago en el siglo XV. El que copiamos á continuación nos sirve para el estudio de la historia de Galicia, sino también para la exacta apreciación del dialecto gallego, de donde el *romance* ha tomado muchas de las palabras empleadas en los juegos florales y en las cortes de amor por Macías y Juan Rodríguez del Padrón.

«Entón ó dito Concello — hé aquí las palabras testuales del mencionado Consistorio—e xustizas e Homes-Boos xurados; diseron que por cuanto a eles era dito e havian por informazones de algunas personas que en a dita Cibdade e cerca dela arredor e en outras partes deste Arzobispado se facian e querian facer moitos roubos, furtos e omisios e mortes de homes e males e quebrantamentos de camiños e outras forzas por mingoa de xustiza e esto por quanto noso Señor o Arzobispo de Santiago D. Lope agora de presente está ydo á corte do noso Señor el Rey, a servizo do dito Señor rey en proveito e onrra suya e da dita cibdade e do seu Arzobispado, o qual dito Señor Arzobispo en canto á que de presente estaba en su Arzobispado proveía de xustiza á todos los do seu Arzobispado, e por canto ele e os moradores da dita Cibdade e Arzobispado agora non podian ser tanben gardados nen defensos en dreito e Justicia sen para elo facer Ermandades: Por ende que eles por servizo do dito Señor Rey e do dito Señor Arzobispo, e por proveito deles e dos moradores da dita cibdade e Arzobispado e por cas xentes estovesen en paz e en asosego; acordaban e acordaron de facer Irmandade segun e maneira que os Señores Reys de Castela que por los tempos foron ordenaron e mandaron que se fecesen en seus Regnos e Señorios: a qual dita Irmandade logo de presente facian e mandaban que se tevese e comprise, segun se continúa en unha ley que el Rey D. Juan que Deus dé Santo Paraíso fizo e otorgou en as Cortes de Segobia o ano que pasou da nascensa de noso Señor Xesucristo de mil e trescentos e oitenta e seis anos; da cual o tenor e este que se sigue—Otrozi, á lo que nos pedieron por merced que porque la nuestra justizia fuese guardada e complida e los nuestros Regnos defendidos e nuestro servicio se pudiese mejor cumplir que mandasemos que las nuestras Cidades e Villas e Lugares de los nuestros Reynos fecesen ermandades e se ayuntasen las unas con las otras; así las que son Realengas como las que son de Señorios: A esto respondemos que nos place que las dichas ermandades se fagan segun que outro tempo fueron fechas en tempo del Rey D. Alfons nostro Abuelo que Dios perdone, segun se contiene por esta clausula que adelante se sigue—Primeiramente, que si la morte o el robo o el malaficio acaeciere en camiños ou en outro lugar ermo que el querrelloso veinga á la primeira cibdad o villa o lugar que mais acerca foer onde entender que mais ayna pode ser acorrido, que de y la querella al Alcalde o a los Alcaldes e a los oficiales o al Merino o Alguacil o Juez o otro que tenga y oficio de la justicia e a outros qualesquier que y fallare e que estos oficiales o qualesquier dellos e los otros oficiales qualesquiera quen for dada la querella, que faga repicar la campana e que salgan luego á voz de apelido e que baian en pos de los malfechores por do quer que fueren e como repicaren en el tal lugar que lo imbien facer saber a los otros lugares de enderredor para que fagan repicar las campanas e salgan a aquel apelido todos los de aquellos lugares donde for embiado decer o oyren el repicar de aquel lugar do for dada la querella o de otro cualquier que repicare o oyren o sopieren el apelido ó la muerte, que sean tennidos de repicar e salir todos e yr en pos

de los malfechores e de los seguir fasta que los tornen o los encierren. E si esto acaecier en las merindades de Castilla e de Leon e de Galicia do aya Merinos mayores o otros Merinos que andan por ellas e fuere fallado el Merino o Recudiere, que baia el con ellos e que sigan los Malfechores fasta que los tornen o los encierren como dicho es; e si la Querella fuere dada al Merino ante que á la Villa del Rey ó en otro Lugar algun, que el Merino baya en pos á los Malfechores segund dicho es e que lo imbien facer salir a los Lugares do mas cerca stá, é caecer; que fagan repicar las campanas e bayan pos de los Malfechores segund dicho es: e se fuere la querella da rrovo ó de furto e los tomaren con ello e fueren y Merino Notario o Otro Oficial de qualquier villa que se y acaescier e cumpla luego en ellos Justicia: e si los non fallaren y con el Robo ó furto ó ovieren fecho otros maleficios de muerte ó de furto o otra mal feitura que los prendan e los lieben presos a aquel Lugar en cuya xurisdiccion fuera fecho el maleficio por que los oficiales dende, cumplan e fagan dellos xusticia como fallaren por fuero e por derecho: e si los tales Malfechores se encerraren en alguna villa o Lugar realengo o de otro Señorío qualquier, que los oficiales ó el Concejo de aquel Lugar, siendo requeridos por los que requieren el apelido o por cualquier dellos, que sean tennidos de se los entregar luego sin otro detenimiento con el robo ó con el furto e con todo lo que lebsen—e que stos Malfeitores que los leven presos al lugar do fuere fecho el Maleficio porque fagan dellos xusticia, como dicho es; e si se los non quisieren dar nin entregar, el Lugar do se acaeciere fuere realengo e Abadengo, que los oficiales de la Justicia al que fue demandado aya aquella pena que merece el Malfechor: e si el Concejo lo embargare e no lo quisiere ayudar a cumplir que sean tennidos de pechar al querrelloso el robo ó el furto que le fuere fecho e facer emienda del daño que recibió, así como es fuero e derecho: a el querrelloso que sea creído de lo que le fue robado o furtado e del daño que recibió por su jura, seiendo ante Alvedriado o estimado por el Juez que lo ha de librar, catando la persona del Querrelloso e la condicion e la riqueza o pobreza o oficio de el y las otras cosas que pueden mover el Juez paró lo Alvedriar; e si lo negaren que los Malfechores non entraron neso en el Lugar que sean tennidos de acoger ay los oficiales que fueren en el Apelido e a otros algunos con ellos fasta ea dez para buscar los malfechores é los oficiales e el Concejo dende que les ayuden á ello e si los fallaren que se los entreguen so la pena que dicha es; e si no los quisieren acoger en la Villa o Lugar de otro señorío, Que el señor fuere e que sea tennido de lo Cumplir lo que dicho es so la dicha pena del Daño e de los mrs. e de que finque en nos, e deselo escarmantar como la nuestra Merced fuere: Y si el señor y no fuere, que el Concejo y los oficiales sean tennidos á cumplir todas las cosas sobredichas so las dichas penas. E si el Malfechor o los Malfechores se acogieren en el nuestro Castillo que el Alcalde o los Alcaldes que sean tennidos de entregar los Malfechores al nuestro Merino ó a los otros oficiales que fueren con el en el Apelido; e si dixeren que no stan y que consientan entrar en el Castillo al nuestro ó a los otros oficiales que fueren con el en el apelido porque caten y busquen, y los malfechores e el Alcaide que ayude á ello é si los fallaren, que se los entregue e que se los deixen lebar dende presos: Y si lo así non fieseren que ayan la pena que sobredicha es, e nos que pasemos contra el e que los escarmentemos como la nuestra Merced fuere: e si los Malfechores se acogieren e se encerraren en Castillo ou en Casa fuerte que non sea nuestro; que el Alcaide del Castillo o de la Casa fuerte sea tennida a cumplir e gardar todo lo que dicho es so las penas sobredichas e mas que los otros merinos puedan facer contra los Castillos e casas fuertes sobre esto lo que deben segun fuero e uso e costumbre e en estos Apelidos tales que puedan ir fixosdalgo sin pena ninguna e que non puedan ser Demandados nin denostados por morte nen por ferida nin por prision nin por outro mal ningun que reciban los malfechores e los que los defendieren; e porque esto se pueda mejor facer e cumplir e sean mais prestos para salir en estos Apelidos; tenemos por bien e mandamos que las Cidades e Villas e Lugares do hay Gente de Cavallo que den de cada unha de los mayores veinte homes de cavallo e cinquenta homes de pee e los que estos homes non se acordaren a dar, e estos e todos los otros Lugares que el quarto de la Campaña que y ouver de pee e de cavallo e cada catro dellos sean tennidos de estar prestos á servir e salir á estos Apelidos Tres meses e que cada vez que salieren que sean tennidos de ir con estos sobreditos o el Merino o el Juez o el Alguacil o el xurado de non ovuere outro oficial de la Villa o del Lugar o los dichos oficiales; e los Concejos que non dieren los dichos homes de Cavallo e de pee e los que fueren dados para esto e non salieren nin seguiuren el Apelido como dicho es; que pechen, el de cavallo; los Concejos e las Cidades e Villas maiores que pechen mil e Doscentos mrs., e los de los lugares medianos que pechen seiscientos mrs., e las dichas Aldeas pequenas sesenta mrs. e los que fueren nombrado para esto e non salieren, nen insiguiuren el Apelido como dicho es; que peche el de cavallo sesenta mrs. e el de pie vinte mrs. que los aian los otros de

aquel Concejo que salieren al Apellido; e el oficial de la Ciudad o de la Villa mayor que no fuere al Apellido como dicho es, que peche seiscientos mrs. el de las Villas e lugares medianos que pechen trescientos mrs. e el de los lugares e Aldeas menores que pechen sesenta mrs.; e sto que lo pueda acusar qualquier del Pueblo do acaecer; estas penas sobreditas de los mil e doscientos e de los seiscientos mrs. e de los trescientos maravedises, e otrosi de los sesenta maravedises e de los Lugares realengos, que sean las cuatro partes para la nuestra camara e la quarta parte para el Acusador; e en los otros Lugares de los otros senorios que los ayan los señores e el Acusador, en la manera que dicha es: e los Concejos que non ficiere lo que dicho es e los que fueren nombrados para ir a los Apellidos e los oficiales que ouvieren de ir con ellos e no los siguieren, como dicho es, que pechen al querrelloso el daño que recibió si non fueren tomados los Malfechores do non podieren cobrardelos seiendo primeiramente apreciado e estimado por el Juzgador en la manera que dicha es, de suso: e porque las xentes sean mais prestos para esto, mandamos e tenemos por bien que levan Lanzas e Armas porque donde las tomase la voz puedan seguir el Apellido; e que los Concejos e los otros de cavalo e pee que foren dados para salir á estos Apellidos sean tenuidos de yr en pos de los Malfechores e de los seguir fasta oito leguas donde cada uno mouriere; si los ante non tomaren nin incerraren: e o cabo de las oito Leguas que den el rastro á los otros, do se acabaren las oito Leguas para que tomen el rastro e vaian e sigan los Malfechores en la manera que dicha es: e si el Merino de aquella Ciudad o Villa o Lugar dudare mas de las ocho leguas, que sean tenuidos de yr en pos de los Malfechores fasta que salga de sus terminos e de el rastro en otro Lugar a quen lo tome e siga como delues.

Los alcaldes de la hermandad de Santiago nombrados en el consistorio de 6 de julio de 1418 «en canto for voontade do dito Concejo» — son palabras testuales de la mencionada acta — fueron Vasco Fernandez Troquero y Gonzalo de Cobas, vecinos de la misma ciudad. La organizacion civil de este armamento voluntario de la jurisdiccion de Santiago fué llevada á cabo con el nombramiento de los cuadrilleros pertenecientes á las diez parroquias de la poblacion. El concejo autorizaba; los alcaldes de la institucion ordenaban; los cuadrilleros capitaneaban: hé aqui la graduacion oficial de la hermandad de Santiago.

La multitud de la *quintana dos pacos* escuchó el pregon de este ordenamiento con religioso silencio, y al terminar Lorenzo Longo su lectura, un general y espontáneo aplauso llegó hasta el *sobraído* del concejo.

Fernan Eanes que tenia sus valonas de poeta, es decir, que era lo menos notario que le venia á cuento, exclamó de pronto al distinguir el movimiento acompasado de las manos que aplaudian — Se me antoja creer que estoy viendo una bandada de palomas sobre un sembrado.

— *Quant casus humanæ rotant!* dice, y dice bien Seneca — dijo Gomez Rodriguez; tarde ó temprano encontrarán el grano.

— Y las matarán entonces los cazadores de alforja.... prosiguió el alcalde Martin Galos sonriéndose con malicia.

Un simil involuntario del notario del concejo habia despertado la inteligencia previora del *bachiller en decretos* Gomez Rodriguez, y el alcalde Martin Galos habia comprendido de pronto el pensamiento del regidor de Santiago. Eran dos filósofos de acuerdo, por medio de un notario, sobre el porvenir de las *hermandades*. — Una pavesa puede encender el pábulo de una lámpara.

A los ocho dias de celebrado este consistorio se volvió á reunir el concejo de Santiago para leer y aceptar una real cédula de D. Juan II estendida en Valladolid en 14 de junio de 1418, para pedir á la ciudad el consentimiento y aprobacion de la tutela, gobernacion y administracion de los reinos y señorios de la corona de España, como competia á su derecho privilegiado. «La que leida — se refiere en el acta de este consistorio — y obedecida con el mayor acatamento y reverencia correspondiente, dixerón — se refiere á los alcaldes y rejidores-jurados — la aprobaban e ratificaban e la havian y consentian lo en ella y cada parte espresado y mandado por S. M. Y ordenaron que el Escribano del Ayuntamiento diese testimonio en forma deste obediencia, asenso y consentimiento, á Francisco Gonzales Ballester, quien la presentara en nombre de S. M. para que lo exhibiese.»

Los alcaldes y regidores-jurados que asistieron á este consistorio fueron Martin Galos, Juan Ares da Cana, Alonso Fernandez Abril, Alvaro Alonso Juliante y Fernan Gonzalez del Preguntoiro.

El Procurador general del concejo, Pedro Leiciro, fué el encargado de presentar la carta original á D. Juan II, y entre los testigos de este consistorio se encuentra á Vasco Gomez de Marzoa, que seria tal vez el padre de Lope Gomez de Marzoa, primitivo fundador del *Estudio viejo* de Santiago, y notario público de la ciudad.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

SAN PABLO DEL CAMPO.

ANTIQUÍSIMO MONASTERIO DE MONGES BENEDICTINOS
DE BARCELONA.

ARTICULO SEGUNDO.

Entremos en el templo restaurado por el conde de Barcelona Wifredo II: echemos una rápida ojeada á la antiquísima iglesia goda, y hallaremos una gran cruz latina que lleva el enorme cimborio por crucero, el presbiterio en su cabeza, capillas en sus lados: hé aqui la forma de cruz que tanto prueba los sentimientos religiosos de nuestros cruzados, sus conocimientos artísticos; sin embargo, la notamos en un templo bizantino, cuando todavía era desconocido el goticismo. Preciso es confesar que la arquitectura tudesca era mucho antes de marcarse su existencia, un bello pensamiento que se desarrolló con las costumbres de la edad media. El interior de la iglesia se reduce á dos naves que se cortan perpendicularmente; el altar en el ápside y los claustros á un lado. Su fachada ofrece un pensamiento completo y bien acabado, en el que no falta ni una linea, ni sobra una piedra. Los tres arcos semicirculares, el entallado roseton, la ancha ladronera, las dos columnitas uniformes de altura de un hombre, la mano misteriosa con sus dos dedos señala una hilera de peces, estrellas y cabezas humanas que guarnecen la parte superior del arco, en cuyos cuatro lados se halla esculpido el simbolo de los cuatro Evangelistas, orlando el dintel de la puerta, la inscripcion latina «*Per me gradiendo venite Renardus C. P. set anime uxor ejus Raymundo.*» forman el agradable conjunto que ha reproducido el buril en los albums nacionales y estrangeros.

Pasemos al claustro: sorprendente es en estremo el aspecto que ofrece su forma casi cuadrada, corrida, de esbeltas columnas pareadas, de cuyo comun arquitrabe arrancan varios fragmentos de circulo, que cortados, trazan tres ó cinco arcos, ninguno de los cuales cierra, salvo el último, casi en forma de herradura. Enriquecen los capiteles diversidad de caprichos, como hojas, flores, plantas, rostros, ciervos, caballos, leones, etc.: unos figuran un airoso cesto en sus capiteles, de los cuales en otros derrámanse caprichosas hojas; otros contienen animales extraños y nunca vistos, como haciendo alarde de la mayor originalidad, empero trabajado todo toscamente, como si llevara estampado el sello de la barbarie de aquellos tiempos. Véase no obstante algunas columnitas, que por la gracia y diligencia de las labores de su base, y por la airocidad de sus capiteles, podrian figurar al lado de la mas delicada forma romana. Las aplastadas aberturas no permiten ver el azul del cielo, y la escasa luz que entra por ellas no puede disipar enteramente las sombras que envuelven las arrogantes sepulturas góticas, construidas unas sobre leones, otras cobijadas por lindas ojivas, cada una con sus mas ó menos delicadas entalladuras y graciosas cartelas. Al leer las lápidas, entre otras la del piadoso fundador, que escripto en letras góticas mayúsculas ulphianas, traducidas literalmente al latin, y comprobada por el P. Villanueva, dice asi: «*Sub hac tribuna jacet corpus Wifredi Comitit filii Wifredi similiti modo quondam Comitit bone memorie. Dimittat ei Dominus Amen. qui obiit Sexto Kal. Maii sub era CMLII an. Dom. CMXIV an. XIV regnante Carolo Rege post Odonem.*» siéntese el alma agitada de tristeza y dulce melancolia. ¡Oh! es indefinible el carácter que imprimen ocho siglos sobre un monumento. La solidez y esta misma poca elevacion en la abertura de los arcos, tiene algo de egipcio, algo de esas obras que nos recuerda la historia, y cuyas proporciones la tradicion y la oscuridad aumentan.

Si nada llena tanto de un sublime temor en un santuario como las viejas tumbas; si en parte alguna inspiran tanta veneracion como en una obra gótica, ciertamente el claustro de San Pablo es de los que mas pueden envanecerse de producir estos efectos. Cuando en una tarde borrasca de verano en la que el trueno retumba á lo lejos, el rayo ilumina las oscuras nubes, la lluvia azota las bóvedas del claustro, cruzamos sus estrechas calles, el alma se siente agitada de tristeza y melancolia, concibe algo de sublime en el silencio de estos sepulcros, turbado por el bramido de la tempestad. ¡Oh! no cabe ponderar la sensacion que producen aquellas piedras, testimonios elocuentes y espresivos de haber pasado en pos de ellas tantas generaciones, cuyo color, entallamiento y colocacion nos evidencian una larga duracion de cerca mil años.

El claustro de San Pablo del Campo presenta ya aquellas formas misteriosas con que vestia sus fábricas la edad de la caballeria; es una de aquellas creaciones que aventajan á su siglo. Consideremos este claustro solo, aislado, despojado de su atavio, con sus columnitas y sus arcos, y hallaremos ser sublime é impresionable cuanto se puede imaginar. Si le parangonamos con las demás creaciones contemporáneas, vemos ser de aquellas obras que confunden la mente del ob-

servador, y que dando un paso de gigante el génio y el gusto de los obreros bizantinos, iba regularizándose por la práctica de los artistas sarracenos. Otros detalles y particularidades pudiéramos citar, que omitimos en atención á los límites á que debemos ceñirnos.

No queremos concluir el presente artículo sin dejar consignado que nos causa mucha pena que el público no pueda recorrer y admirar tan rica joya, pues destinado el edificio á servir hoy día para cuartel, donde no es permitida la entrada, corre además inminente riesgo de sufrir irreparables perjuicios. En su consecuencia formulamos la enérgica súplica, y rogamos encarecidamente á las autoridades, á las corporaciones científicas, y á todas las personas ilustradas, aman-

tes de nuestras preciosidades artísticas, para que insten vivamente al gobierno y no desistan hasta haber conseguido que los claustros, que deben considerarse parte de la iglesia, estén unidos á ella y segregados enteramente del resto del edificio, venciendo cuantas dificultades se opongan, á fin de que se conserve largamente, sin deterioro ni menoscabo, tan precioso tesoro, y pueda ser visitado sin impedimento alguno, así por los curiosos viajeros, como por otras personas conocedoras, ávidas de estasiarse á la vista de tan galana y caprichosa obra, una de las mas ricas joyas artísticas que por fortuna nos quedan, y que cuenta tan crecido número de siglos.

JAIME FUSTAGNERA y FUSTER.



ATILA EN LA GALIA.

Este guerrero habia sucedido á su tío Roas, y mandaba con su hermana Bleda á los hunos, establecidos en la Hungría y en la Escitia; pero no debia contentarle mucho tiempo aquella dominación. Gefe de un pueblo belicoso é inquieto, resolvió caer sobre el imperio romano, que se debilitaba con el peso de sus crímenes y de sus vicios. Atila no era solo un gran capitán y un hombre de voluntad de hierro, sino que semejante á Alejandro, á César y á Mahoma, espresaba todas las cualidades y defectos de la raza que debia conducir: era el Hércules de los bárbaros. Fuerte, valiente, ardiente, ávido de empresas gigantescas, generoso y colérico, reasumia los confusos instintos de unos pueblos que se agitaban violentamente: su aparición fué un meteoro; nada fundó; ningún germen dejó á su muerte para que se desarrollase mas tarde: quinientos pueblos destruidos recordaron únicamente que Atila habia existido.

Su astucia corria parejas con su valor, y armado, segun decia, con la espada que habia pertenecido al dios de los hunos, era para estos objeto de temor y de veneración. Mató á su hermana Bleda, para mandar solo, y este fratricidio fué mirado como una inspiración divina y celebrado como una victoria.

Después de haber estendido su poder en la Germania, reunió los vándalos, los ostrogodos y los gépidos, y marchó contra la Pérsia al frente de setecientos mil hombres; pero batido en las llanuras de Armenia, cayó sobre el imperio de Oriente, y lo destruyó desde el Ponto Euxino hasta el mar Adriático. El emperador Herodoto fué batido tres veces, Constantinopla sitiada, y hubo que comprar la paz. Después de haber destruido setenta poblaciones florecientes en la Trácia, la Macedonia y la Grecia, quiso también arrasar la Gália. Asustados los habitantes á su aproximación, huían despavoridos á ocultarse en las cavernas y en los bosques. Pasó el Sena, llegó al Loira, y acampó al pie de los muros de Orleans en 451; pero sus habitantes opusieron tenaz resistencia. Entre tanto Aecio, Teodorico y Meroveo avanzaron con un ejército respetable: supo Atila y activó el sitio, que levantó poco

después, abandonando las márgenes del Loira, y trasladándose á Châlons-sur-Marne, donde le alcanzaron sus enemigos. Aunque los advinos le anunciaron una derrota, se decidió á combatir, y escitó el ardor de sus soldados. Destrozó en un principio el ejército de Aecio; pero un cuerpo de reserva mandado por Turismundo bajó repentinamente de las alturas, restableció el combate, y obligó á huir á los hunos. Atila se atrincheró detrás de sus carros, y encendió una hoguera, resuelto á abrasarse en ella antes que entregarse; pero los vencedores no se cuidaron de aprovechar sus ventajas. Teodorico murió en la refriega; ciento sesenta mil cadáveres cubrieron el campo de batalla. Todos se retiraron dejando á Atila en su campo como una bestia feroz, cuyo retiro nadie se atreve á forzar. Salió de él furioso, pero no desanimado, y empezó á recorrer el imperio, semejante á una horda de bandidos, sin mas ley ni freno que su capricho, ni mas objeto que el pillaje.

Atila murió de una hemorragia en 453. — « Espóse su cuerpo, dice Michand, bajo un pavellon de seda, y sus guerreros cantaron en honor del que fué su padre y terror del universo: los bárbaros se cortaron sus melenas y derramaron su sangre, y el cuerpo del rey de los hunos quedó encerrado en tres cajas, de oro la primera, la segunda de plata, y la tercera de hierro. Degollaron á los cautivos que habian abierto la fosa, y el cuerpo fué sepultado durante la noche, á fin de que los pueblos ignorasen siempre el sitio en que quedaba aquel depósito. » Fornandes ha dejado un retrato del rey bárbaro: tenía este la cabeza gruesa, nariz aplastada, anchas espaldas y corta estatura. Su continente era fiero y su voz fuerte y sonora.

Solo se alimentaba de carne, y miraba el pan como un lujo indigno de los conquistadores del Norte. Arbitro de muchos reinos, nunca tuvo capital, y su palacio era una cabaña adornada con los despojos de los vencidos.

AMOR A VISTA DE PAJARO.

CAPITULO XI.

Salto atrás.

Al subir Meneses al carruaje repitió al cochero el encargo que le había hecho por la mañana; y los caballos descansados, y con el estímulo de la querencia, tomaron el mismo trote largo que los había llevado en media hora desde Bayona hasta la quinta de Sofía. Nada aconteció en el camino que sea de contar. Luis Meneses hablaba poco; Remigia callaba absolutamente, y doña Micaela y don Blas partían el peso de la conversacion. Llegaron á las once en punto á la fonda: Luis se despidió de sus nuevos amigos, dándoles las mas cumplidas gracias, y se dirigió á su aposento.

Francisco se encontraba en él, arrellanado en una butaca y profundamente pensativo.

—¿Has recibido una esquelita, que te remiti esta mañana? preguntó Luis á su criado.

Francisco se puso de pié; miró á su amo con suma atencion, y repuso:

—Sí señor.

—¿Y has ejecutado cuanto en ella prevenia? insistió Luis con tono seco.

—Antes de contestar á V., quisiera que habláramos un poco.

—Con tal que no sea mucho, empieza: repuso Meneses sentándose.

—¿Está V. seguro, señor, de que no ha perdido la cabeza? dijo Francisco con acento un tanto lastimero.

—Segurísimo: respondió Luis; devolviendo á Francisco la mirada investigadora que este le había dirigido antes.

—Pues en ese caso mande V. que me encierren en Zaragoza ó en Toledo; porque yo estoy loco de fijo.

—¿Quieres explicarme á qué vienen todas esas impertinencias?

—¿No hemos salido de Madrid en busca de la señorita Magdalena?

—Sí. ¿Y qué?

—Y cuando consigue V. hallarla, huye de ella como del diablo.

—Ya te entiendo, querido Francisco. Tú te admiras, porque no sabes que Magdalena no es Magdalena.

—¿Qué dice V.?

—Que don Blas no es don Blas.

—Pero, señor.....

—Y que la esposa de don Blas no es la esposa de don Blas.

—Que me lleve el diablo si entiendo.....

—La hija de don Blas es Remigia.

—¿Pero qué importa que haya yo equivocado el nombre si encontramos á la señorita?

—No eres tú quien se ha equivocado, he sido yo.

—Ahora lo entiendo menos.

—Pues escucha. El don Blas que salió de Madrid.....

—¿El padre de la señorita Remigia?

—No; el padre de la señorita Magdalena. Se quedó en Vitoria.

—Ya comprendo. En Vitoria tomó su puesto otro don Blas.....

—Padre de la señorita Remigia. Cuando deshice esta equivocacion.....

—Me escribió V. este papelito: «Francisco, toma dos billetes para Vitoria. Si no te los quieren dar para Vitoria, tómalos hasta Madrid ó hasta China; poco importa con tal que pasemos por Vitoria.»

—¿Y bien: has cumplido mis órdenes?

—Sí señor. He tomado dos asientos hasta Vitoria.

—¿A qué hora debemos marchar?

—A las doce.

—Arregla pronto mi equipaje.

—Ya está en la góndola.

—Ajusta la cuenta de la fonda.

—Ya está pagada.

—Francisco, Francisco, algunas veces eres todo un hombre.

—Yo creia que siempre lo era: repuso Francisco con la mayor formalidad.

Contento Luis de la eficacia con que había cumplido Francisco sus órdenes, y persuadido de que en Vitoria tendria mejor suerte, consagró los últimos momentos que debía pasar en Bayona á despedirse de don Blas. La hora avanzada de la noche no le permitia hacerlos de palabra; y como se miente mejor por escrito que de viva voz, tomó papel y escribió la carta siguiente:

«Señor don Blas Medecotelechea.—Muy señor mio y de toda mi consideracion: acabo de recibir una carta que me obliga á volver á España esta misma noche, y no pudiendo despedirme de V. verbalmente,

me tomo la libertad de escribirle estas cuatro líneas. Póngame V. á los pies de las señoras, y disponga de su afectísimo S. S. Q. B. S. M.—Luis de Meneses.»

Este lacónico billete entregó Luis al mismo criado que la tarde antes había llevado al padre de Remigia una tarjeta del amante de Magdalena; encargándole que no dejara de entregárselo al día siguiente; y despues de repartir las correspondientes propinas se encaminó con su criado al parador de diligencias. Dieron las doce; los viajeros ocuparon sus localidades; encendió el mayoral su puro; subió al pescante; empuñó las riendas; dió sus órdenes con la autoridad de un capitán á bordo, y al primer chasquido del látigo del postillon salieron las mulas á escape. Al atravesar el Vidasoa se despidió Francisco de Francia, tierra inhospitalaria para él, pues había perdido al pisarla una parte de sus atribuciones; y saludó á España como si no la hubiera visto en el transcurso de diez años. Luis pensó con gusto que no tendria que dar mas el brazo á Remigia, y lanzó un suspiro confiando en que las acaeras españolas sabrian llevarlo hasta los pies de Magdalena.

Cerca estaba Luis de Vitoria cuando entregaron á don Blas la carta de su amigo Meneses. En su cualidad de padre creyó que aquella carta tendria por objeto pedirle la mano de Remigia: y como doña Micaela tenia voz y voto en el concejo de familia, la condujo al alfeizar de una ventana y la enseñó el pliego, aun cerrado, que acababa de recibir. Doña Micaela era buena madre y creyó lo mismo que su esposo; ninguno de los dos había reparado en la joroba de su hija, y como todas las mugeres son impacientes y curiosas, abrió el pliego sin vacilar. Le parecieron pocas líneas para una peticion tan grave; pero sin embargo leyó. Á cada palabra su rostro se ponía mas pálido, y cuando concluyó la epistola estaba como una difunta.

—¿Qué tienes? la preguntó don Blas, notando el cambio de su rostro.

—Toma y lee: repuso doña Micaela, presentándole el fatal escrito.

Don Blas leyó, y aunque se encontraba prevenido, se inmutó como su muger.

—Esto es muy raro, murmuró. Quería acompañarnos á Biarritz y se vuelve á España.

—Razon tenia yo cuando te dije que desconfiaras de él: repuso doña Micaela.

—¿Pero qué idea pudo llevarse en buscar nuestras relaciones?

—Quién sabe! Quizá es algun petardista, y queria pegárela.

—En ese caso no se habria marchado sin intentarlo cuando menos.

—Quizás algun incidente le habrá hecho huir, temiendo ser descubierto.

—¿Qué sucede? preguntó Remigia alarmada por el secreto de sus padres.

—Nada de extraño: respondió doña Micaela, que tomaba siempre la iniciativa en las discusiones domésticas. El jóven que nos acompañó ayer escribe á tu padre despidiéndose para España.

—¿Y cuándo se marcha? preguntó Remigia manifestando algun interés.

—Se ha marchado ya: respondió don Blas que era el segundo á votar en el dicho concejo.

—¿Pues no debía acompañarnos á Biarritz? insistió Remigia.

—Ha recibido anoche una carta que le ha hecho mudar de opinion; repuso doña Micaela.

—Es lástima que se haya marchado; porque parecia muy amable.

Don Blas y su esposa creyeron que debían cortar la discusion, y trataron de otros asuntos. Sin embargo, los dos consortes procuraron adquirir noticias relativas á don Luis de Meneses, y las pidieron á todos los mozos de la fonda. Las respuestas de estos fueron contrarias á las injuriosas suposiciones de doña Micaela: todos ellos habían recibido propinas nada despreciables: por lo tanto, para todos ellos era don Luis un caballero tan sin miedo ni tacha como Bayardos ó Roldán. Estos informes prestaban fuerza á las razones de don Blas; pero su esposa, que era indócil como toda muger, se mantenía firme en sus trece, y no había quien la convenciera de que Meneses no era un truhan.

En estas cuestiones matrimoniales trascurrieron dos dias enteros. Sofía tuvo la amabilidad de preguntar á su compañera de colegio por el español, estrañando que no hubiera tenido la cortesía de visitarla; y Remigia tuvo el patriotismo de disculpar á su conciudadano, contándole su imprevista marcha. En la tarde del segundo dia recibió don Blas una carta, fecha en Madrid, del tenor siguiente:

«Mi estimado amigo: En contestacion á su última debo decirle que conozco mucho á don Luis de Meneses. Es un jóven muy distinguido, de talento y que ocupa en la corte una buena posicion social. Aunque lo trato hace mucho tiempo, no puedo noticiar á V. detalladamente sus riquezas; pero su manera de vivir honrosa, independiente y desahogada me prueban hasta la evidencia que posee una fortuna regular. Si adquiero mas noticias, tendré el gusto de participárselas;

»pero entre tanto puede V. tratarlo con la mayor intimidad seguro de que no tendrá por qué arrepentirse. Por último, si vale algo mi garantía, yo respondo de él desde luego.»

— ¡Razon tenía yo para decir que don Luis era un caballero! exclamó doña Micaela, después de haber leído segunda vez la carta del íntimo amigo de su esposo.

— Perdona, muger, observó don Blas; pero me parece que tú eras la que dudabas de la honradez de nuestro amigo, el señor don Luis de Meneses.

— No sé cómo tienes valor para decir eso, cuando sabes que siempre fui de su partido.

— Yo habia entendido lo contrario, pero quizás comprendí mal.

— Quien piensa mal, comprende mal: dijo doña Micaela sentenciosamente.

— Tú sabes, muger, que no soy propenso á pensar mal de nadie.

— Pero si propenso á disputar, y no estoy de humor de disputar. Quede sentado que al pobre don Luis ha sucedido una gran desgracia, y que tomamos en ella mucha parte.

— Soy de tu mismísima opinión; y lo siento tanto como tú.

— Mira Blas, ¿por qué no le escribes ofreciéndole cuanto poseemos?

— Tienes razon; voy á escribirle.

Don Blas tomó pluma y papel, y escribió al hombre que no debía admitir sus ofertas.

CAPITULO XII.

Del Escorial á Vitoria.

Estoy seguro, segurísimo, con esa seguridad que inspira fé, y no una fé cualquiera, sino aquella con que se mueven las montañas; estoy muy seguro, repito, de que cuantos se han interesado por los personajes de esta historia, volverán á pensar con gusto en la interesante Magdalena. ¿Y qué cosa mas natural? Magdalena se presenta hermosa, joven y entusiasta, tres cualidades que seducen: Magdalena se deja adivinar rica, una cualidad que convence: nada mas justo que pensar en ella con placer. ¡Cuántas veces habré yo pensado en mugeres que lo merecian menos! Pero averiguar en lo que yo he pensado no pertenece á los lectores de esta historia.

Melancólica y taciturna salió Magdalena del Real Sitio; y á las cariñosas preguntas que sus padres la dirigian, respondia siempre con una sonrisa breve y triste; con una de esas sonrisas que entreabren los labios, como entreabre la brisa las húmedas hojas de un capullo. Ni suspiro ni queja revelaba las palpitaciones de su pecho, y sin embargo, su corazon se dilataba y comprimía como si quisiera romperse. ¿Qué habia dejado Magdalena en el Escorial? Habia dejado una memoria, un sueño hermoso, aquella cornisa encantada que no debía volver á ver jamás. Y luego la pobre Magdalena creia que ella sola soñaba; que ella sola guardaba el recuerdo del día 17 de julio; que aquel hombre, cuya intrepidez la habia enamorado, no habria vuelto á pensar en un accidente tan insignificante para todos; que aquel hombre no habria reparado quizás en la muger que lo admiraba. Si Magdalena hubiera sabido que Luis pensaba en ella, que Luis corría tras ella, que Luis habia estado la noche antes bajo el mismo techo que ella, que Luis era tan visionario como ella, que Luis estaba dispuesto á arriesgarlo todo por ella, el corazon de Magdalena hubiera latido de alegría, y sus ojos hubieran derramado lágrimas, pero lágrimas de placer.

A las ocho de la mañana estaban D. Blas y su familia de vuelta en Madrid: á las ocho de la mañana pisaba Luis la atrevida cornisa de la iglesia del Escorial. Veinte y cuatro horas antes estaba Magdalena bajo las bóvedas de San Lorenzo; veinte y cuatro horas antes estaba Meneses en un lecho, durmiendo como un pordiosero despues de una buena limosna. Si Luis hubiera adelantado su viaje veinte y cuatro horas, ó Magdalena retrasado el suyo el mismo tiempo, ¿de qué distinto modo hubieran marcado los sucesos! ¡Cuánto influyen veinte y cuatro horas en la felicidad humana!

Pero es una majadería filosofar de esta manera, cuando todo el mundo sabe que el tiempo tiene un influjo singular. Con el tiempo se van curando las heridas mas cancerosas: con el tiempo desaparecen las memorias mas aflictivas: el tiempo trae los desengaños: á fuerza de pasar minutos, y un minuto pasa muy pronto, se pone fea y vieja una muger joven y hermosa; y pasando tiempo caduca y muere el niño travieso y robusto. Repito que todo el mundo sabe lo que hace el tiempo, y por lo mismo me lo callo; pero no sabe todo el mundo lo que hizo Magdalena desde el Escorial á Vitoria, y me propongo referirlo.

Dije que á las ocho de la mañana del día 18 de julio, veinte y una horas despues de aquella en que se comenzó esta historia, entró Magdalena en Madrid, y se dirigió á la misma casa que habia espiado dos dias antes el fiel servidor de Meneses. Ya sabemos que Magdalena y su familia ocupaban el cuarto principal; pero únicamente yo sé el es-

tado en que se encontraba. No podia servir de modelo á un endurecido solteron que tratara de pasar pronto á mejor estado, porque el orden estaba reñido con la morada de D. Blas. Se veian seis ó siete camas, un sofá, dos ó tres butacas, ocho ó diez sillas, tres ó cuatro mesas, unos cuantos platos, vasos y fuentes, muchos cofres y varios cajones: en una palabra, era el alojamiento de una familia que, estando con un pié en el estribo, ha deshecho su ajuar, quedándose con lo absolutamente necesario. Magdalena entró en su aposento, cerró la puerta, se arrojó en su lecho, se cubrió el rostro con las manos y empezó á llorar. ¡Pobre Magdalena! Durante el viaje habia traído los ojos cargados de lágrimas, sin atreverse á derramarlas, y al verse sola, las daba curso, para que refrescáran sus párpados y desahogáran su corazon.

Sin tomar en ellos parte alguna vió hacer los últimos preparativos de un viaje que debía alejarla para siempre de su quimérica esperanza: apenas probó manjar alguno, escusándose con una ligera indisposición; y cuando Francisco estuvo á punto de hablar á Catalina, la doncella que cerró la puerta de la calle, Magdalena permanecia sola en su aposento y entregada á su inesplorable dolor.

— Señorita, dijo Catalina, acercándose á Magdalena de puntillas.

— ¿Nos marchamos ya, Catalina? repuso la joven, enjugando algunas lágrimas ardientes.

— Todavía no. ¿Pero á que no sabe V. á quien he visto?

— ¿A quién has visto, Catalina? preguntó Magdalena temblando.

— Al hombre que nos va siguiendo, como una sombra, á todas partes.

— ¿Al que nos encontramos en la puerta cuando marchamos á San Lorenzo?

— Y encontramos en San Lorenzo al apearnos, como si hubiera ido por el aire.

— Y esta mañana nos siguió hasta vernos tomar el camino de Madrid.

— ¿Y esta noche ronda la casa: y hubiera entablado conversacion conmigo, á no haberle dado yo con la puerta en las narices.

— ¿Quién será ese hombre? preguntó inquieta Magdalena.

— Indudablemente es criado de algun caballero elegante.

— ¿De qué lo infieres?

— De sus vestidos, que han servido indudablemente á otro antes que á él.

— ¿Y qué querrá ese hombre?

— No lo sé; pero estoy segura de que nos sigue por encargo de su señor.

— ¿Sabes, Catalina, que es muy extraño este permanente espionaje?

— Pues si ha de continuar ejerciéndolo, ya debe correr tras nosotras.

— Es verdad, murmuró Magdalena; y persistiendo en su monomania, puso la figura del criado bajo la cornisa de San Lorenzo.

Interrumpió este corto diálogo la presencia de D. Blas, que venia en busca de su hija.

— ¿Cómo estás, querida Magdalena? la preguntó cariñosamente.

— Bastante mejor, respondió, y estampó un beso sobre la frente de su padre.

— Pues concluye de prepararte; porque han dado las once y media y necesitas no perder tiempo.

— Ya estoy preparada, papá: dijo Magdalena, abandonando el aposento de sus ensueños y sus lágrimas.

Toda la familia, compuesta de Magdalena, sus papás, dos doncellas y dos criados, estaba dispuesta; y dando todos el último adiós á las desmanteladas paredes, abandonaron el hogar para dirigirse á la fonda de las diligencias. Magdalena esperaba ver entré las sombras de la noche la figura de aquel misterioso criado que constantemente la espiaba; pero con profundo disgusto se vió libre de tan extraña persecucion. Ni en las calles, ni en el zaguan del parador, ni en los salones de descanso descubrió al misterioso espía; y tambien notó que no entraba ni en la rotonda ni en el cabriolé de la góndola. En Buitrago pararon un momento; Magdalena y Catalina examinaron escrupulosamente á todos los viajeros, y con manifiesto disgusto no encontraron á su perseguidor. En Burgos fué un poco mas larga la parada: Magdalena estaba segura de encontrarse con el espía; pero sucedió á su seguridad lo que ordinariamente sucede á todas las hijas del deseo, se desvaneció con el tiempo. Cuando Magdalena se alojó en el parador nuevo de Vitoria, apenas pensaba en el espía; tanto la iban alejando de él los anteriores desengaños; y sin embargo, Catalina entró diciendo:

— Señorita, venga V. conmigo al momento, si quiere V. ver....

— ¿A dónde vamos? preguntó la joven viajera con la indolencia del hastío.

— A esta habitacion inmediata, y verá V. desde el balcon....

— ¿Alguna danza de aldeanos? No tengo humor de ver danzas.

— Pero si no se trata de una danza! insistió de nuevo Catalina.

— Sea lo que sea, estoy tan cansada que renuncio desde ahora...

— ¿Quiere V. privarse de una sorpresa extraordinaria?

Una sorpresa extraordinaria era mucho para que Magdalena renun-

riará á ella: se levantó, pasó á la habitación inmediata, y se puso al balcón, acompañada de su doncella Catalina.

—Nada veo: dijo Magdalena despues de haber mirado con suma atencion hácia todas partes.

—¿Ve V. una puerta, en la direccion de mi dedo, que está bajo un balcón de persianas verdes? repuso Catalina, tendiendo su mano en la direccion indicada.

—Sí; pero ni una sola persona está en ella.

—No aparte V. de ella los ojos, y pronto aparecerá alguien.

Magdalena obedeció á su doncella: á los cinco minutos se presentó un hombre en la puerta, y la jóven viajera exclamó:

—¡El espía!

—Ha llegado antes que nosotras: observó Catalina santiguándose.

—Ese hombre tiene alas: murmuró á su vez Magdalena.

La señorita y la criada se equivocaban de medio á medio. Que Francisco no habia tenido nunca alas; lo sabian desde su madre á Luis Meneses, cuantas personas lo habian visto: y que habia llegado antes que ellas tampoco era exacto, porque habia llegado veinte y cinco minutos despues. Magdalena, que lo creia alado, lo siguió con la vista, hasta que, doblando una esquina, desapareció completamente. Catalina, que no estaba muy lejos de colocarlo entre las aves, lo siguió tambien del mismo modo; y ambas se quedaron diciendo lo que un chiquillo de su madre: «por allí se fué.» Pero ninguna de las dos sabia que Francisco acababa de preguntar si se habia ido ya la diligencia de Bayona, y que le habian contestado afirmativamente.

Permanecieron al balcón ama y señora, esperando ver por segunda vez al espía, que no habia reparado en ellas; pero el primer ruido que llamó su atencion fué el de la silla-correo, que atravesaba á todo escape. Por una de sus portezuelas asomaba la cabeza del buen Francisco: Magdalena lo reconoció, dió un grito; se persuadió de que el espía no tenia alas; pero al mismo tiempo temió que no parára hasta Bayona.

(Continuaré.) — JUAN DE ARIZA.



CALVINO.

Juan Calvino nació en Noyon (departamento del Oise) el día 10 de julio de 1509. Su padre era tonelero y se llamaba Gerardo Cauvin, que latinizado despues se convirtió en Calvinus, y de aquí para nosotros en Calvino.

El reformador futuro fué educado por Claudio de Hangert, abad de San Elias de Noyon, quien obtuvo para él un beneficio simple en la catedral y un curato, del cual disfrutaba los beneficios sin cumplir las obligaciones, por no haber recibido todavia las órdenes. No tardó en renunciar al estado eclesiástico, porque Roberto Olivetan, su compatriota, acababa de comunicarle algunas ideas de la reforma que se introducía sordamente en Francia, y que le agradaron desde luego. En Orleans estudió el derecho, y en Bourges el griego, bajo la direccion de Melchor Volmar, que fecundó los gérmenes sembrados por Olivetan, de modo que lo que solo habia sido inclinacion, se convirtió en creencia.

Calvino adoptó todos los principios del cisma de los reformados. En 1532 dimitió en París sus beneficios, publicó un comentario latino sin importancia sobre los dos libros de Séneca, *De Clementia*, y tuvo parte en la redaccion de una arenga pronunciada por Miguel Cop, rector de la universidad. Este fué perseguido, y sabiendo Calvino que tambien le buscaban para prenderle, se escapó del colegio de Fortet, donde moraba, y se fué á Angulema á casa del canónigo Du Tillet.

Allí prosiguió sus estudios y coordinó las ideas religiosas que mas tarde debia presentar como una profesion de fé en los reformados franceses, en su *Institucion cristiana*.

Muchas personas le visitaron en su retiro: las doctrinas de la reforma se esparcian en Europa, y Margarita de Navarra acogia en su palacio de Nerac á los doctores protestantes perseguidos. Muchos fueron los que abrazaron los principios reformadores de Calvino, quien los predicó en los pueblos inmediatos á su residencia y en la corte de la reina Margarita. Despues volvió á París, y en 1534 se retiró á Bale.

Francisco I, aficionado á los apóstoles de la reforma, los dejaba prender y quemar, porque necesitaba el apoyo de Roma. Para justificarse, decia que los reformadores franceses no eran protestantes como los de Alemania, sino anabaptistas. Calvino respondió á esta acusacion publicando su *Institucion cristiana*, dirigida al monarca, como la profesion de fé de los reformados.

En seguida pasó Calvino á Ferrara á visitar á la duquesa Renata de Francia, hija de Luis XII y esposa de Hércules de Este: recorrió entonces la Italia, predicó de nuevo, hizo prosélitos, volvió á Francia, y tuvo que huir otra vez por el encono de sus perseguidores.

Por último se estableció en Génova, donde imperaba la reforma, y abrió un curso de teología; pero queriendo al mismo tiempo corregir las costumbres, sus enemigos consiguieron hacerle desterrar. Se retiró primero á Berna, y luego á Strasburgo, donde abrió una iglesia reformada, y publicó su *Tratado de la santa cena*, que obtuvo una boga inmensa. Los de Génova le llamaron y enviaron una diputacion á Strasburgo para hacerle volver á su ciudad, en la cual fué recibido en triunfo, haciéndose dueño absoluto de su gobierno, pues Santiago Gruet fué decapitado por haber querido anular las ordenanzas religiosas de Calvino, y á Servet lo quemaron vivo en 1553 por haber combatido su doctrina.

Valentin fué tambien condenado á muerte por heregia voluntaria; de modo que el perseguido se convirtió en perseguidor, y el libre examinador castiga en los demas el libre exámen. En Génova estableció el imperio de la reforma, convirtiéndola en el verdadero arsenal del protestantismo francés, siguiendo activa é inmensa correspondencia con sus correligionarios de todos los paises, y publicando anualmente muchas obras, y entre otras, sus *Comentarios sobre la Sagrada Escritura*. Ademas de sus sermones impresos que son muy numerosos, conserva la biblioteca de Génova 2,023 manuscritos, como tambien muchos tratados de teología.

En aquella época se separaron ostensiblemente los partidarios de Calvino de los de Lutero, formando nueva iglesia protestante.

Calvino murió en Génova el 27 de mayo de 1564, á la edad de cincuenta y cinco años. Siempre fué de constitucion débil, y padeció muchas enfermedades. En 1559 se casó con una viuda llamada Ideleta de Buri, de la cual tuvo un hijo que murió jóven. Sóbrio y laborioso, era hombre de desmesurada ambicion y de corazon inflexible: su desinterés era superior á cuanto puede imaginarse, pues vivió con una renta de ciento cincuenta escudos anuales, quince quintales de trigo y dos toneles de vino. Lo que dejó no valia ciento veinte y cinco escudos, segun el inventario que se hizo.

LOS HUEVOS DUROS.

Un capitán de caballería, que aun vive, era aficionado á cenar huevos pasados por agua, con tal que fuesen bastante claros. Un día despidió á su asistente, y le reemplazó con un quinto, á quien encargó mucho que le hiciese bien á su gusto su cena favorita. Llegó la noche, y encontró dos huevos como piedras; por lo que reiteró al nuevo asistente la recomendacion de que los hiciese blandos. Al día siguiente se repitió la misma escena, y la tercera noche aun fué mayor si cabe la dureza de los desgraciados comestibles.

Amostazado ya el capitán, cogió el plato con su contenido para tirarlo á la cabeza del asistente; pero se detuvo al oírle, que con aire de contrición le decia:

—¡Por Dios, mi capitán! ¡Yo no tengo la culpa: será que los huevos son de mala calidad; porque, lo que es hoy, han estado cociendo desde medio día!

SOLUCION DEL GEROGIFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 43.

Mas vale ser cabeza de raton, que cola de leon.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO é ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.